



Einojuhani Rautavaara

Un compositor de Finlandia

Carlos Barreiro Ortiz

“El azar regula nuestras vidas”

En 1955, el compositor finlandés Jean Sibelius recibió una beca de parte de la Fundación Koussevitzky de los Estados Unidos, a manera de presente al cumplir noventa años de edad. A su vez, la beca debería ser asignada a un compositor joven que él escogiera para matricularse en el prestigioso Tanglewood Music Center con la posibilidad de estudiar al mismo tiempo en Juilliard o en la Escuela Eastman de Música. Sibelius escogió a Einojuhani Rautavaara, un músico de 27 años. ¿Por qué motivos el legendario músico lo escogió a él y no a cualquier otro? (Por ejemplo, a Usko Merilainen que ocupó el segundo lugar en la selección). Rautavaara precisa que tal vez Sibelius habría escuchado algunas de sus piezas en los conciertos que transmite la radio finlandesa y que ese fue el argumento para tan inesperada decisión. Al menos, una de sus partituras de inspiración folclórica —*The Fiddlers*— y el primer cuarteto habían sido difundidos por ese medio. Es posible también que Sibelius conociera el *Requiem de nuestro tiempo* (1953) para cobres, que le abrió el camino al Premio Thor Johnson otorgado en Cincinnati un año antes. Rautavaara nunca sacó provecho en USA del premio obtenido por el *Requiem*: “No he sido bueno para explotar mis relaciones: soy un lobo solitario corriendo a través de mi propio bosque”. Lo más importante de su estadía en USA —recuerda el compositor—, fue, sin duda, el curso con Vincent Persichetti en Juilliard quien, al mismo tiempo, se dedicaba a escribir su libro *Armonía del siglo XX*. “Nosotros éramos los conejillos de Indias para los ejercicios del libro”.

Roger Sessions también fue importante para Rautavaara en Tanglewood. Él fue el primero en llamar su atención hacia la estructura de una partitura como un todo y a sus relaciones de tonalidad (al menos, a su centro tonal).

La suerte ha jugado un papel decisivo en la vida de Einojuhani Rautavaara, uno de los más reconocidos compositores finlandeses de hoy, en medio de una activa escena musical que llama la atención de los críticos internacionales. Acaba de cumplir ochenta años y continúa componiendo, a pesar de la ruptura de la vena aorta que lo mantuvo durante seis meses entre la vida y la muerte en el 2004. “¿Qué determina la dirección que siguen nuestras vidas?, ahora se pregunta. “Puedo imaginar una especie de dios sin memoria echando los dados sobre el mundo. Fortuna y mala suerte. Y riendo”.

El compositor Einojuhani Rautavaara refleja victoria y derrota, éxito y fracaso. De todo ello ha estado llena su vida. En la actualidad, es uno de los compositores más aplaudidos en toda la historia de su país y también en el extranjero. Pero, al mismo tiempo, el músico experimenta la certeza de que él no ha dirigido por completo su camino. Por el contrario, la vida lo ha llevado consigo. “Estoy convencido de que la suerte regula la vida de todos”.

Rautavaara creció en el tradicional distrito obrero de Kallio en la ciudad de Helsinki. Su padre, Enio, trabajó allí como cantor y organista de iglesia. Su madre, Elsa, ejercía su profesión médica atendiendo a la gente más pobre. Al igual que el padre del escritor irlandés James Joyce, Eino hubiera podido llegar a ser el cantante que soñaba; fue uno de los miembros fundadores de la Opera Nacional de Finlandia y aunque gozaba de aceptación como barítono, al nacer su único hijo ya había abandonado su carrera operística. Fue la madre quien lo llevó a sus primeras clases de piano, aunque el niño no demostraba particular inclinación hacia la música. Rautavaara reflexiona sobre aquellos años: “Mi padre era muy riguroso. Si yo hubiera tenido en la cabeza la idea de ser músico, él se habría opuesto. Siendo él mismo un músico conocía de sobra lo que aquello suponía. Y, además, no era evidente mi entusiasmo por la música. Mi madre era de mente más abierta; demasiado mundana y liberal para ser la hija de

un granjero de Oulo”. La visión de esa región del norte de Finlandia aparece en una pieza de 1972. Bosques y pantanos y la pesada atmósfera del paisaje se convierten en *Cantus arcticus*, partitura en la cual cantos pregrabados de aves de la región compiten con los instrumentos que tratan de imitarlos: la música orquestal se funde con la naturaleza en un juego de escucha y reacción.

La práctica del piano lo introduce al repertorio moderno. “Pronto me identifiqué con el modernismo”, recuerda. “El repertorio tradicional era para mí como una hoja en blanco. Por ejemplo, apenas conocí a Bruckner cuando componía mi tercera sinfonía”. Otro golpe de suerte fue su encuentro con Aarre Merikanto al ingresar a la Academia Sibelius para estudiar composición, quien siempre encontró algo positivo en los primeros esfuerzos de su alumno para convertirse en compositor. Su matrimonio, en la década del sesenta, con la cantante María Heidi fue, por el contrario, un verdadero desastre desde el comienzo. Algo parecido a una violenta pesadilla doméstica que se fue debilitando en el transcurso de los siguientes veinte años. Sin embargo, resulta paradójico que esa misma circunstancia hiciera posible que Rautavaara alcanzara su actual estado de éxtasis. “Si yo me hubiera sentido satisfecho conmigo mismo, de ninguna manera habría aceptado salir de Espoo”. Pero, de nuevo, el azar se hizo presente. En el estreno de su ópera coral *Marjatta, la humilde doncella*, conoce a Sini, la cantante que tenía a su cargo el papel principal. Ella se convertiría en su segunda esposa y actual compañera.

De manera semejante, en otro estado de ánimo, es posible que Rautavaara no hubiera compuesto obras como el primer concierto para piano, la segunda sonata para piano, *Angeles y visitaciones*, o el concierto para contrabajo y orquesta titulado *Angel del crepúsculo* (1980). Todas ellas están llenas de primitiva energía y extremos de contraste. De allí resulta otra paradoja: los desafueros de su vida privada lo convierten en un artista cada vez más creativo. “Al menos saqué algo positivo y es que aprendí a evadirme en mi trabajo. La situación implica el necesario elemento explosivo”. Rautavaara habla de las polaridades que requiere la creación de una obra de arte. La conjunción de polos opuestos genera energía. En su obra, un ejemplo lo constituye el contraste entre tradición folclórica y modernismo que encontramos en su ópera *El mito de Sampo* (1974), basada en la runa 42 del Kalevala, la leyenda épica nacional finlandesa, así como en *Thomas* (1985), en donde el personaje enfrenta en el siglo XIII la autoridad del Papa.

Tensiones semejantes resultan del choque entre la escuela técnica dodecafónica y el lirismo del material melódico de sus partituras instrumentales. El segundo

cuarteto de cuerda ilustra ese proceso: “Lo encuentro interesante porque se debate entre método y melodía y, a la vez, trata de reconciliarlos. El encuentro entre los dos crea energía, polaridad. Si uno se limita por completo a uno de los dos, no recibirá energía”.

En un país que puede darse el lujo de exhibir once compañías regionales de ópera, el trabajo de Rautavaara para la escena no ha pasado desapercibido. Su primera ópera —*La Mina* (1963)— escrita para la escena, se estrenó en una recordada producción televisiva; así mismo, su ópera de 35 minutos *El regreso de Magi* (1996), basada en *Historia de Navidad* de O. Henry, es uno de los trabajos presentados en la televisión finlandesa que, de manera alegórica, se involucra en la estética de asuntos políticos actuales. No ha sido un camino fácil. De acuerdo con John Richardson de la Academia finlandesa de investigación, “[...] huellas del pasado rural se mantienen en la memoria aunque la mayoría de los finlandeses viven hoy en ciudades y se identifican como habitantes urbanos”.

En este sentido, su ópera en tres actos *Vincent*, estrenada en 1990 en la Opera Nacional, recrea aspectos de la vida de Van Gogh en el hospital mental de Saint-Rémy, asediado por el interminable parloteo de los internos. Al final, la música se convierte en un himno a la vida cuando el personaje, según libreto escrito por el compositor, logra liberarse de su propio conflicto.

Hace cuatro años, Rautavaara sobrevivió a cinco meses de permanencia en una unidad de cuidados intensivos. Ahora ha retomado su trabajo de composición. Sólo una hora al día, por recomendación médica. “La muerte aguarda sobre mis hombros”, bromea. “Si yo hubiera muerto, obras recientes como *Libro de visiones* o *Trilogía de Manhattan* tampoco existirían”. Mientras llega el momento, y poniendo a prueba la vida que todavía lo estimula, Rautavaara disfruta con aquello que prefiere por encima de todo: componer en su estudio frente a la bahía de Helsinki. Componer es una necesidad vital para mantenerse vivo.

En su mesa de trabajo borradores de partituras anuncian una ópera basada en la vida y obra de García Lorca, sendos conciertos para violonchelo y percusión y una misa. Una hora al día es suficiente. Sin condición ni límite. ■

Carlos Barreiro Ortiz (Colombia)

Economista de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador en temáticas de música e historia. Periodista en el área cultural, conferencista, productor de emisiones radiofónicas y organizador de conciertos. Artículos suyos se han publicado en periódicos y revistas del país y del exterior, así como en los diccionarios de música y cine editados por la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) de España.